

Dos mundos distintos

En esta Pascua que, como la mayoría de sus precedentes y en pleno mayo florido, transcurrió bajo el signo bullicioso y alegre de las mayores solemnidades, volvió la ciudad por segunda vez—la primera en 1935—a ser testigo de como a veces la más pura de las inconciencias humanas puede llegar a tomar carta de naturaleza disfrazando la gran torpeza de su proceder con nombres que siempre tuvimos por benditos, bajo la sombra de unos estandartes que por su misma dignidad, que por su misma gallardía, son merecedores de los mayores respetos.

La obra de Clavé, bajo el signo de cuyo nombre glorioso han sido creadas tantísimas agrupaciones corales revalorizando nuestro cancionero popular, no puede en modo alguno verse así tan estúpidamente ridiculizada con esa fantochada del más puro Carnaval que recorrió nuestras calles. Por desgracia ha podido ser dicho, y en algunas ocasiones con sobrada razón, que ciertas agrupaciones de ese género tenían muy poco de culturales y sí mucho de arroceras. De esta última condición sacó seguramente «La Barcarola» barcelonesa la idea de cargar sus componentes con esos atuendos de cocina que por lo visto son la auténtica plasmación de sus, digamos, fines sociales. Y luego para completar el cuadro, cornetas y tambores amenizarán el desfile de tan inútil milicia.

Verdaderamente, los grandes hombres han sido a veces muy mal comprendidos. Y en esta lista, que podría ser muy extensa, las circunstancias hicieron de que Clavé ocupara lugar entre las preferencias.

Suerte que al mismo día tuvimos ocasión de comprobar que todavía hay quienes en la vida saben ser fieles a las grandezas del alma. Ejemplo vivo, y dignísimo por cierto, fué esa otra Agrupación Coral «La Lealtad», que no sólo sabe comportarse en lo externo como su alto fin merece, sino que todavía le sobra elegancia para entregarse al servicio de los fines benéficos por los que fué organizado—Hospital y Asilo municipales—el acto de su concierto en el Salón Victoria.

Favor doblemente estimable el que comportó a la ciudad la actuación de esos hombres que honran a Clavé y al pueblo que los reúne. Hombres que se reunieron bajo el bello nombre de «La Lealtad», precisamente porque habían de ser leales a las cosas de su patria y a ellos mismos.

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 1 DE JUNIO DE 1950

Sobre la Inquietud

A. L. D'ANDRAITX

Cuando tomé por primera vez la pluma para escribir en las páginas de ANCORA hice constar que ni por asomo me consideraba maestro en ciencias humanas. Ahora repito que soy simplemente un humilde aprendiz de literato y un sediento de verdades eternas. Las ideas que enlazo no quieren ser verdades dignas de ser cinceladas sino opiniones personales (y como tal endeblen y pobres) que esperan revisión y crítica no mordaz, con humildad y con gusto porque con el cotejo de opiniones se hará la luz en mi espíritu. No soy de los que insisten en mantener una falsa posición contra viento y marea por abrigar en su cerebro la idea de que si rectifican peligrará su «amor propio», no. Me gusta rectificar cuando hay motivo porque con ello enriquezco mi acervo intelectual.

Todo lo precedente viene a decir que, al sentirme aludido en su anterior «Carta al Director», no experimenté ni experimento disgusto alguno; al contrario: agradezco sus enseñanzas y reconozco que, debido a mi pobreza de expresión, quizá prodigué en demasía la palabra inquietud.

Adivino en V. una persona culta y por eso me permito exponer algunas ideas relacionadas con el tema, con la seguridad de que no las interpretará como una réplica sino como una atención. Lamento que la entereche de estas columnas no se presten a consideraciones más amplias y profundas.

Tiene V. razón: son muy distintas inquietud y cultura. Ahora bien: yo creo que la cultura nace de un estado de inquietud y que este estado es provocable. ¡Cuántos grandes hombres nos han hablado de su despertar! Unos, reaccionan leyendo determinados libros que suscitan en ellos el afán de mejorarse; otros se sienten conmovidos tras la audición de buena música; esos, cambian el rumbo de su vida por causa de enfermedades o fuertes emociones; aquellos, gracias a las palabras de un profesor. Nos consta que algunos de los hombres que hoy figuran en la historia de la cultura hubieran sido engullidos por el anonimato, a no encontrarse cara a cara con un fastidioso semejante sembrador de inquietudes en su órbita vital.

En el mundo físico la inquietud

sería el caos; en el biológico es la muerte, y en el psíquico sólo se da en casos extraordinarios: a) en espíritus excepcionalmente dotados, como consecuencia de una clarividencia vital y un dominio de facultades e instintos por la razón y la fe; b) en individuos enquistados en la rutina que se dejan mecer por el vaivén de la vida sobre el madero del indiferentismo; c) en espíritus incapaces de vibrar, sumidos bajo el imperativo categórico de una existencia eminentemente vegetativa. El primer caso sólo se da en santos y hombres de gran valía; el segundo, en seres que todavía no han conseguido un contenido espiritual en contacto con la vida y gracias a ello pueden mantenerse al margen de los problemas propios de la misma; o bien se aferran en conseguirlo seres amargados saturados de escepticismo. El caso c) es propio de espíritus pobres e incultos.

Pero la mayoría de los hombres sentimos inquietudes. No obstante no hay que confundir la inquietud del joven con la del adulto. La inquietud juvenil se traduce en afán de querer ser y de querer saber; la nuestra tiene como característica el temor, no ya de no conseguir lo que esperábamos de la vida, sino el de no continuar siendo lo que somos.

El verdadero joven no está amargado ni es escéptico, podrá estar sumido en un dulce sueño de irresponsabilidad e inconciencia frente a su futuro; podrá «matar el tiempo» gozando de un «dulce far niente» espiritual, pero es capaz de experimentar altas y nobles inquietudes en cuanto asome a su espíritu un estímulo que las despierte.

Cierto es que los grandes hombres nacen, pero también se hacen. Conozco jóvenes de excepcional talento que, por no haber encontrado algo o alguien que les moviera a actuar, han caído en la mediocridad.

No pretendo ni descubrir talentos ni imponer inquietudes más, sino despertar en los jóvenes inquietudes suyas, seguro repito, de que se traducirán en afán de querer ser y de querer saber. En una palabra: quisiera que cada joven tuviera personalidad.

Mucho más dá que pensar el tema pero se agotó el espacio disponible y crea que lo siento.

ESPLAY

Oro: Rapsodia en amarillo

7 DIAS

En Galicia ha resonado el fatídico grito. Un

buen vecino de Noya ha descubierto oro. Mil pertenencias han sido registradas. La gente se echa a la montaña, hacia una mina llamada «Antigua Romana». Gran revuelo. Dícese que las muestras hasta ahora extraídas son de 24 quilates. Lucen los ojos de codicia y está a punto de producirse un tambaleo económico en toda una amplia zona del país gallego «¡Ouro! ¡Ouro!».

¡Ya no será preciso irse a América, coitados pastores de la dulce tierra de Rosalía! Podréis quedaros en vuestros montes, donde quizá las livianas pezuñas de las ovejas huellen ya futuras ajorcas para vuestras novias. Las viejas madres no habrán de lloraros, cara al mar traidor y al cielo torvo. La lluvia mañosa lavará las mismísimas entrañas de la desventrada tierra donde ha pocos días plantó su bandera la esperanza amarilla.

¿Habéis leído «Momentos estelares de la Humanidad»? Relátase allí la historia de Sutter, que descubrió, en unas tierras para ganados, el primer gran yacimiento aurífero de los Estados Unidos. Las estampidas, que luego conoceríamos noveladas a través de James Oliver Curwood y Zane Grey, empezaron con Sutter. Os aconsejo que os enteréis de su vida y milagros y sobre todo de su aleccionador fin, mendigando en las gradas del Capitolio de Washington una indemnización gubernamental que jamás llegaría.

Tenéis oro, amigos gallegos. La mente popular da vuelo a su fantasía: una montaña de oro, dicen en Santiago. La casa de la Troya cruje. Don Alonso de Fonseca se estremece en su tumba fría. Pero aun admitiendo que todo ello sea verdad, ¿habéis pensado en los dos lados de la cuestión? ¿Os vino quizás a las mentes los peligros de la quimera del oro?

Pues no sería aventurado suponer que, transcurrido cierto tiempo tenga lugar un cambio radical en la vida social de nuestro país. La emigración de muchas zonas hacia el levante español puede truncarse y verse luego hacia el Noroeste, donde los ayuntamientos tengan que tomar medidas «antibarraquistas». Los nietos de los indios vendrán desde la misma América a probar fortuna. Los clubs gallegos ficharán los mejores futbolistas del Continente. Y la Universidad de Santiago pasará a ser un casino de multimillonarios. Dejará de hablarse del oro ruso y del oro inglés y se murmurará del oro español... Años después se harán películas en las que se recogerán emocionantes episodios de la lucha por el oro en el macizo Galaico Duriense, con puñetazos a granel y pepitas relucientes rodando por los verdes tapetes de juego... Y que un escritor nos cuente entonces en una nueva «Aldea Perdida» la dolorosa metamorfosis de un pedazo de esta tierra tan bella.